



**LAUREANO ROBLES**

PROFESOR DE LA UNIVERSIDAD DE VALENCIA, ESPAÑA.

**HISTORIA,  
FILOSOFIA  
Y LENGUAJE**

CENTRO DE ESTUDIOS FILOSOFICOS  
FACULTAD DE HUMANIDADES Y EDUCACION

Si algo caracteriza a nuestra época es su exceso de literatura; y no por ello los hombres tenemos las ideas más claras. Yo diría más bien, que, en cierto sentido, el abusivo cúmulo de publicaciones nos lleva a la confusión y a la desorientación. Es tal vez nuestro sino.

Cualquiera que abra un libro de filosofía, o una simple obra con carga ideológica, podrá constatar cuatro cosas: Primero, que la historia está llena de sistemas ideológicos que se van sucediendo los unos a los otros; segundo que muchos de ellos se encuentran en total oposición y antagonismo, negando A lo que afirmó B; tercero, que a pesar de todos ellos, la historia sigue su curso; y cuarto, que a su modo, cada uno de ellos se siente seguro en su propia e interior estructura ideológica.

Estas antinomias no pueden menos de llamar la atención a todo aquel que se enfrente con eso que llamamos *filosofía*, de la que todos hablamos sin ponernos de acuerdo, porque si ocurriera lo contrario, dejaríamos ya de hacerla. Ante ellos cabría preguntar: ¿Puede el filósofo ignorar el pasado?

Hoy, de hecho, estamos pasando por una crisis de los valores históricos. Rechazamos el pasado, por superado. La historia, es vista por muchos con recelo, y considerada como un puro saber arcaico. En una época en que los valores se miden por su utilidad y pragmatismo, el saber histórico apenas tiene cabida. Quienes a ella se dedican son considerados por los más como hombres fuera de la realidad; como una carga para la sociedad contribuyente, cuyo saber no conduce a nada; resabio, por otro lado, de una sociedad burguesa en plena esclerosis.

No quepa la menor duda el que esta actitud despreciativa tiene por otro lado su valor. El resentimiento al pasado nos ha llevado a buscar nuevas formas de vida y de pensamiento. El problema está en saber si las he-

mos encontrado. Y, si así fuera, en poder afirmar que son mejores que las anteriores.

Los que vivimos al otro lado del mar, en las tierras de la vieja Europa, sabemos lo que es la historia: Una riqueza ciertamente del pasado pero también una carga difícil muchas veces de llevar. Puede haber pueblos sin historia pero con futuro, y puede haber pueblos con mucho pasado pero con pocas perspectivas. La historia hablará de todos ellos.

Por más que nos esforcemos en olvidar el pasado, haciendo tabla rasa de su historia, todo él gravita en nosotros. Nada hay tan nuevo que, de alguna manera no esté condicionado por el pasado. La ciencia moderna con sus progresos, con sus saberes, no ha sido posible sin los errores que los otros cometieron. La ciencia futura no será posible sin las premisas que herede de la nuestra. El progreso científico, lo mismo que el saber humanístico, se va gestando en proceso lento. Todo dato nuevo en el campo científico es posible, gracias a unas premisas o hipótesis que tienen sus raíces históricas. Los errores pasados, o las soluciones aportadas, nos han hecho llegar al punto en que hoy nos encontramos.

En este sentido la historia es algo vivo, y sólo en esta perspectiva puede ser enfocada. Un saber el pasado, como simple dato histórico, es un puro arcaísmo sin sentido. Si acudimos a la historia ha de ser para vivir mejor el presente. El filósofo que acude a ella no ha de hacerlo para repetir sus fórmulas, sino para enriquecerse con ella. Ha de hacerlo, no para saber lo que otros han dicho o pensado, sino para ver qué le dicen a él los textos del pasado.

La *historia de la filosofía* es el mejor documento que nos permite conocer lo que los hombres pensaron, soñaron o hicieron. Los datos históricos sólo tienen sentido desde el mundo de las ideas. Desde ellas el pasado cobra vida y adquiere sentido. No es sólo la historia esa serie de pasos que los hombres van dando por conseguir su libertad, como escribió Hegel, es ante todo, la evolución de la mente humana. Todo en el cosmos es evolución y progreso. Evoluciona el hombre biológicamente hablando, pero también psíquicamente. A todo cambio biológico le sigue siempre su correlato de cambio psíquico. Afectando al hombre, como le afectan, los cambios físicos, más le afectan los cambios humanos que se operan en él. Por eso la historia, que la hacemos los hombres con nuestras tensiones, intereses y luchas, es ante todo historia del pensamiento; es, evolución ideológica.

### *Historia y sistemas filosóficos.*

La historia de la filosofía nos cuenta pues, lo que los hombres piensan. Por eso la *filosofía*, toda ella, es siempre *historia*; pero historia en continuo cambio y evolución. Los diversos sistemas ideológicos que se han ido sucediendo los unos a los otros, son por ello el mejor documento histórico que nos permite ver cómo piensan los hombres que nos han precedido. La *filosofía* será siempre algo vivo, en continuo hacerse, y algo *histórico*, ya hecho. Si un sistema hubiera llegado a la cima del saber, la filosofía habría dejado de existir. Para que la filosofía exista tiene que estar siempre abierta a nuevas perspectivas, reconociendo, por otro lado, los límites de su propio saber. Por eso, la filosofía se está haciendo siempre.

En cada época histórica los hombres tienen una forma de ver las cosas de enfocar los problemas, porque en cada etapa por la que pasamos los hombres, una es la forma de vivir la vida. La diversidad de sistemas no nace sólo de la diversidad de problemas que van surgiendo a lo largo de la historia, es fruto también de las soluciones múltiples que les vamos dando. La filosofía no es otra cosa que esa serie de enfoques que los hombres vamos dando al correr de los años. La *verdad*, en pos de la cual todo sistema camina, no es patrimonio exclusivo de ninguno, sino sólo de quien tropiece con ella.

Cada época histórica tiene su verdad que, por lo mismo, se convierte en *sistema*. Los sistemas filosóficos, ante todo, nos transmiten lo que constituye la verdad de una época. Otra cosa muy distinta es lo que de valor permanente y aportación universal pueda tener cada uno de ellos.

No será lo mismo, por tanto, pensar dentro de un sistema, que crear y estructurar el sistema mismo. Al hacer la historia de la filosofía habrá que distinguir entre los creadores y forjadores de una determinada ideología, y los epígonos que piensan dentro de ella. Si los sistemas se van sucediendo los unos a los otros, mutuamente se van gestando entre sí, hallándose de alguna manera todos ellos vinculados los unos a los otros. Cada cual parte del sistema anterior sobre el que se acepta, rechaza y construye. Todo sistema nuevo recibe en herencia una serie de datos del sistema anterior, que de alguna manera asimila, o transforma, constituyendo así el aspecto de novedad que posee. No hay sistema totalmente nuevo que parta de cero. Las más de las veces, los llamados nuevos sistemas no son sino la afirmación de la tesis contraria a lo afirmado por el anterior. Los sistemas nacen como afirmación de ideas antagónicas. A la hora de tener que hacer el

balance de los mismos, el historiador de la filosofía tendrá que ir precisando cómo las ideas van adquiriendo los matices concretos que les dan cuanto de peculiar tienen. Sólo un análisis así establecido nos permite ver lo peculiar y *original* de cada uno de ellos.

La historia, pues, está llena de pocas lumbreras y de muchos *epígonos*. Si estudiamos a los grandes maestros por su valor positivo, no podemos olvidar a los segundos. En ellos hemos de encontrar la abusiva repetición, pero también la deformación de que aquellos son objeto. Siempre que un pensador se convierte en escuela, por lo mismo, sus epígonos y seguidores están ya deformándolo y no solo comentándolo. La admiración al maestro, aparte de llevar consigo una merma de la propia creatividad, se presta a convertirse en una apologética inútil e infecunda. Como reacción surge siempre el *detractor*, que por lo mismo, da pie a nuevos cauces y futuras salidas.

El hecho de nacer en un país o en otro, lo mismo que en una época histórica y no en otra, hace que los hombres pensemos de una manera y no de otra. A cada época histórica le acompaña un signo de vida e ideología. Los sistemas son todos ellos signos de los tiempos en que se gestan. Los hombres pensamos de una manera y no de otra, ante todo porque así piensa la época que nos toca vivir. De ella recibimos la sabiduría y el numen mental que nos configura. Tomás de Aquino sólo es fruto de la sociedad medieval que le gestó. Su sistema sólo puede ser entendido en esa perspectiva: un sistema gestado en la sociedad medieval, para la sociedad medieval.

#### *Filosofía y lenguaje.*

Lo dicho me lleva a plantear un nuevo problema: es el tema del *lenguaje*. Cada sistema tiene su propio lenguaje, porque también tiene su propia *estructura*. El lenguaje de cada sistema está íntimamente vinculado a la estructura social del momento en que se gestó.

Estoy convencido, y ello es debido a una simple mirada sobre el mundo, de que, toda estructura social tiene su lenguaje propio y peculiar, que fundamenta la ideología sobre la que se basa. No existe estructura social que no esté cimentada en una determinada ideología. Ni existe ideología que de alguna manera no tenga o posea su peculiar estructura. Toda estructura, tarde o temprano, termina creando su propia ideología; como toda ideología, para que subsista, tiene que estructurarse de alguna manera. No se da la una sin la otra; como no se modifica una de ellas, si no se cambia la otra.

Lo que diferencia a los hombres de un país a otro, de un período histórico a otro, son precisamente las estructuras en que les toca vivir. Los hombres, que son los protagonistas de la historia, son también los que van montando el sentido que ésta tiene, a medida que van creando las estructuras sociales o las ideologías. Toda estructura social encuentra siempre hombres dispuestos a servirla, porque siempre hay hombres dispuestos a servir a cualquier tipo de estructura. Así me lo enseña la historia. Quien intente, por tanto, cambiar las estructuras, antes tendrá que modificar las mentes de los hombres. Sin ellos no conseguirá nada. La historia no es otra cosa que esos cambios sociales e ideológicos que los hombres vamos dando.

Estudiar la historia de la filosofía no es otra cosa que estudiar la estructura social de los pueblos, analizar el valor simbólico del lenguaje, a través del cual se nos ha transmitido las ideologías del pasado.

La *filosofía del lenguaje*, hoy tan de moda, lo fue también para los sofistas, para Platón en su *Cratilo*, o Guillermo Ockam a lo largo de sus obras. En la historia de la filosofía hay temas que nunca pierden su vigencia o actualidad, aunque en cada época hayan tenido ribetes sus o perfiles propios. En este sentido hemos de comenzar diciendo que todo hombre, a lo largo de su vida, va pasando por una serie de experiencias, propias o ajenas, que lo convierten la vida en una continua experiencia. No es otra cosa la vida que una experiencia vivida. El problema está en saber para que o, como diría Platón: No se trata de una cuestión cualquiera, se trata ni más ni menos de saber cómo ha de vivir el hombre.

Lo mismo que le sucede al hombre acontece con los pueblos. La historia de un pueblo concreto no es más que una experiencia colectiva. Y lo mismo vuelve a suceder con las generaciones. Todo hombre, todo pueblo y cada generación han pasado por una serie de experiencias vividas, o han sido víctimas de experiencias que otros han hecho con ellos.

Yo diría que, en cierto sentido, el lenguaje humano no es otra cosa que un medio de comunicación social que nos permite a los hombres comunicar las propias experiencias tenidas. Pero observo también que el lenguaje humano, con el que me comunico y a través del cual llego a entenderme, no siempre me sirve para el diálogo con los demás. Y no es, porque de golpe las palabras hayan dejado de ser las mismas, sino porque han pasado a tener un significado distinto en la persona que está dialogando conmigo. A partir de este instante el lenguaje deja de ser un medio de comunicación social para ser todo lo contrario. Con el lenguaje nos entendemos cierta-

mente los hombres, pero también nos alejamos los unos de los otros. El problema no está en el lenguaje sino en los hombres que lo hablamos. Las palabras pueden ser las mismas, su carga semántica, su contenido, los tonos de voces con que son dichas van cambiando en unos y en otros. La palabra *libertad*, observo por ejemplo, no tiene el mismo significado pronunciada por un capitalista, un burgués, un marxista, un obrero, un monje, o una mujer de la vida. Una magnífica pieza de teatro, escrita por uno de nuestros clásicos, se convierte en mediocre interpretada por un colegial, mientras que otra, escrita por una pluma vulgar, adquiere un valor de excepción, interpretada por un profesional u por una gran artista. El lenguaje va más allá de lo que las palabras indican. Está también lo que insinúan. El tono de voz dice a veces más que las palabras mismas.

El lenguaje, que sirve para definir, lo empleo también para juzgar. Con el lenguaje describo cuanto hay a mi alrededor, lo que ven mis ojos, pero también lo que percibe mi mente. Mediante él, no solo describo realidades que están fuera de mí, sino también un mundo que yo llevo dentro, lo que las cosas me dicen a mí.

El mundo, que es siempre el mismo para todos a lo largo de la historia, va cambiando en cada hombre, en cada generación y en cada pueblo a medida que va siendo objeto de valoración. Las cosas permanecen los valores cambian en la apreciación de los hombres. El campo al que suponemos hace referencia nuestra experiencia es más rico que la simple experiencia de tipo empírico o científica. Quien solo la reduzca a ella no deja de ser un dogmático. El lenguaje *ordinario*, el que los hombres hablamos en la vida cotidiana, no es precisamente el lenguaje *académico*. Una empresa necesita empleados y lo primero que se pregunta a los solicitantes es *si tienen experiencia*. El solicitante da por entendido que lo que le están pidiendo es si sabe escribir a máquina, si conoce la técnica de la contabilidad o la destreza en cortar camisas, por ejemplo. Para realizar cualquier tipo de trabajo en la vida moderna le exigen a uno *experiencia*. El mundo de las experiencias vividas es tan rico como el mundo de las experiencias empíricas y, desde luego, otra cosa muy distinta.

Cada uno a nuestro modo hemos pasado por experiencias afectivas, sexuales o religiosas, por ejemplo, pero no todos llegamos a hacer una experiencia empírica en un laboratorio. Cuando hablamos podemos referirnos, por otro lado, a experiencias propias, pero también a experiencias colectivas. La experiencia puede ser individual o privada, social o colectiva. Los pueblos pueden pasar por una determinada experiencia de tipo social, reli-

giosa o política. La humanidad va teniendo una serie de experiencias, o pasando por una serie de ellas, que se convierten en riqueza o pobreza humana. El hombre concreto, la persona humana, tú y yo, no sólo tenemos nuestra propias e internas experiencias vividas en el hondón del alma como diría Unamuno, somos también objetos de experiencia como miembros de una comunidad a la que pertenecemos, víctimas de experiencias que otros hacen con nuestra propia persona.

No es lo mismo tampoco hablar de experiencias tenidas, que soñar con ellas, o simplemente conocer las experiencias que otros han tenido, y hablar de ellas. En el fondo, todos y cada uno, a su modo, vamos hablando de la vida un poco según las experiencias que vamos teniendo en ella. Por eso, nuestro lenguaje dice tanto más del mundo interior de la persona que, del mundo exterior al que nos referimos.

Con el lenguaje no solo referimos cosas, ante todo nos definimos nosotros. Cuando decimos por ejemplo: Me gustan las chocolatinas, la pintura del Greco, los poemas de Miguel Hernández, la música de jazz o el sistema democrático, no hacemos otra cosa que describir un juicio *privado* y personal. Otra cosa muy distinta es que todo ello pueda ser valorado de igual modo por todos.

De las experiencias empíricas no cabe discusión posible. Las cosas son como son porque son así y no de otro modo. Para que algo sea agua basta solo con que esté formado ese algo de  $H_2O$ . Todo lo que en cambio es objeto de valoración, es por lo mismo objeto de discusión y discrepancia. El lenguaje es siempre un medio *convencional*, no dogmático para definir cosas.

Tanto a nivel empírico, como a nivel humano, toda experiencia es posible gracias a unas categorías que hacen factible la experiencia tenida. Pero el resultado de toda experiencia depende de las *categorías* con las que se opera. En ellas estriba el valor del dato aportado.

Cuando dos hombres hablando entre sí, empleando el mismo lenguaje, son incapaces de entenderse, es porque los dos no operan con las mismas categorías. Cuando hablamos no hacemos otra cosa que establecer *analogías*. Pero toda analogía es una relación de semejanza que establecemos entre cosas distintas. Es del todo imposible hablar de algo importante sin recurrir a la analogía. Nuestro lenguaje está continuamente apelando a ella. Porque no podemos alcanzar o comprender las cosas en sí mismas, no la-

cermos sino compararlas. La analogía no nos dice nunca lo que las cosas son, sino lo que las hacemos parecer. A pesar de la semejanza que pueda haber entre las cosas, entre sí son tan distintas como la diferencia que puede haber entre un perro-lobo y un lobo de verdad, siguiendo la metáfora platónica. A nuestro lenguaje análogo le sucede lo mismo. Sirviendo para definir cosas, hay siempre abismos a superar luego por un esfuerzo mental. El lenguaje, que sirve por tanto para entendernos, sirve también para distanciarnos. El lenguaje nos une, pero también nos aleja. Tendremos que buscar por qué ello es así.

Si el lenguaje es privativo de la raza humana, es debido a que solo ella tiene algo que comunicar. *Hablar*, es decir lo que sucede al hombre allí en el hondón del alma. Pero, hablar, lo mismo que *pensar*, es adaptarse a un mundo de significaciones. Al nacer el hombre, éste no puede hablar porque no sabe pensar. Por paradójico que parezca, pensar es nacer al mundo en el que ya nos encontramos. Todo hombre, por el simple hecho de nacer, posee un cerebro del que parte la vida, pero le falta la *mente*, que ha de nacer en él. *Pensar* no es otra cosa que *aprender* a adaptarse. El hombre comienza a pensar, cuando ya *sabe*.

Lo mismo que el organismo humano necesita adaptarse al mundo exterior, en el que vive, se desarrolla y evoluciona, la mente humana comienza adaptándose a un mundo de significaciones abstractas que los otros le dan. Para poder desenvolverse en él, necesita primero aprender a distinguir los múltiples significados. *Pensar* es moverse primeramente dentro de un mundo que previamente nos dan. Quien enseña a hablar, inconscientemente enseña también a pensar. Pero, a diferencia de las palabras, que pueden ser las mismas para todos, las formas de pensar son reflejos condicionados de las estructuras sociales, políticas, culturales, religiosas o ideológicas de las que uno forme parte, o constituyen la vida peculiar de cada individuo.

Los hombres no llegamos a entendernos, usando las mismas palabras, porque hablamos desde estructuras distintas. El significado de los términos lingüísticos está condicionado por las estructuras de las que forma parte el que habla. A cada estructura social, política o ideológica le acompaña un mundo distinto de significaciones. Son las estructuras sociales e ideológicas las que condicionan el sentido de los términos lingüísticos, las que nos impiden entendernos.

Cuando dos hombres hablando entre sí no son capaces de ponerse de acuerdo, es simplemente porque los dos están hablando desde perspecti-

vas y estructuras diferentes. Toda estructura social tiene su lenguaje *simbólico*. Hablar es también expresar los mismos simbolismos.

El gran problema con el que hoy tropezamos en la pluralencia ideológica en que nos encontramos. En tiempos pasados, incluso muy cercanos a los nuestros, no resultaba problemático el entenderse. Los hombres eran todos educados dentro de unos determinados cánones políticos, culturales y religiosos. Ser libres, para ellos, no fue otra cosa que sentirse vinculado conscientemente dentro del sistema único. Hoy, eso ya no es posible. Quien intentase formar en partido único sería llamado fascista. Quien pensase imponer un credo religioso sería tachado de retrógrado. Quien soñare con imponer su ideología sería censurado de dogmático.

Cuando Hegel escribió que la historia no es otra cosa que la serie de pasos que los hombres van dando por conseguir su libertad, no pensó que la consecuencia de ésta pudiera convertirse en la peor de las esclavitudes. De hecho, hoy hemos llegado a una madurez de libertad en la que jamás los hombres soñaron. Pero también, nunca como hoy, a los hombres le resultó más difícil la convivencia social. Porque los hombres estamos condenados a vivir en sociedad, de la que no podemos huir, se nos impone la obligación imperiosa de encontrar cauces que legalicen nuestra convivencia social, que velen por nuestra libertad, en un mundo que cada día es más pluralista, pero también más dogmático. Lo que necesita el mundo en los tiempos actuales es una distensión ideológica, porque de alguna manera se ha vuelto excesivamente dogmático.

Cada sistema, consciente o inconscientemente, está luchando por imponer sus dogmas ideológicos. Por eso la libertad puede convertirse en un yugo difícil de llevar. Los hombres, privados de su libertad interior, no son nada.

Para que se dé una auténtica filosofía el sabio tiene que poseer esa libertad interior, sin la cual nada puede ser construido.

También la historia me enseña que toda ella está llena de grandes frustraciones. No sabemos lo que los hombres hubieran dado de sí, si hubieran gozado de esa libertad interior por la que abogamos.

Las ideas son siempre la causa de los grandes conflictos. No se persigue a los hombres, sino sus ideas. Los hombres pasan, sucediéndose los unos a los otros, pero las ideas permanecen en el subsuelo histórico, adquiriendo

vida, o echando raíces. Los conflictos sociales son siempre conflictos ideológicos. Por eso mismo toda idea nueva lleva consigo una gran dosis de eclosión, siendo ante todo criticada por los inmovilistas que no son capaces de asimilarla. Las ideas son siempre nuevas. Están en continua evolución. Pero también envejecen. Hay en ellas un continuo nacer y un constante pasar. Las ideas pasan o envejecen cuando dejan de cumplir su cometido. Lo malo es aferrarse a ellas.

La filosofía, por lo mismo, está continuamente haciéndose, renovándose, y también convirtiéndose en historia. El problema está en saber cómo ella, la filosofía, continuamente se va renovando. Mi humilde experiencia me hace pensar, que, en la medida en que el campo de los saberes empíricos avanza, ensanchándose, la filosofía se va renovando. Los cambios ideológicos, de alguna manera, están condicionados por el avance de las ciencias.

#### *Hipótesis, leyes y teorías.*

Esto nos lleva a plantearnos el tema tan debatido, ¿es la filosofía una ciencia que abarca los otros saberes, o depende de ellos, de forma que nada puede decirse, ni construirse sin ellos?

En un pasado histórico parece que fue lo primero. No sucede así en los tiempos que corremos. Estamos convencidos, de que, en la medida en que el decir filosófico no tiene raíces empíricas, ese decir es un decir sin sentido. El filósofo solo debe establecer sus teorías sobre datos empíricamente controlados. En la medida en que una ciencia determinada ha controlado un dato empírico, el filósofo puede establecer su teoría que, por otro lado será válida en la medida que sean válidos los datos controlados.

En cualquier campo en que nos situemos, forzosamente hemos de operar con hipótesis. Toda hipótesis es un simple camino de investigación. En la medida en que una hipótesis nos lleva a conseguir algo, esta resulta eficaz, de lo contrario se convierte en un simple *blind alley* o *coul de sac*. Quien trabaje en el mundo de la ciencia forzosamente tendrá que hacerlo partiendo de hipótesis, pero a su vez controlando datos, y estableciendo leyes. Una teoría sólo tiene sentido en la medida en que está cimentada en leyes verdaderas, en dogmas científicos. Si el filósofo dispone de teorías, estas no le permiten "hacer predicciones", como diría A. J. Ayer.

Pero el filósofo describe, transforma, o se limita a analizar las formas de hablar acerca del mundo? Si la historia de la filosofía es una historia de

sistemas ideológicos, e incluso de sistemas encontrados, como señalamos al principio, es al mismo tiempo la reiteración sobre una serie de problemas que persisten a lo largo de ella, y sobre los que gira la propia filosofía. ¿Problemas insolubles? ¿Es la filosofía la preocupación por los *insolubilia*?, y la historia de la filosofía, la historia de las respuestas múltiples que se han ido dando a lo largo de los ciclos históricos? La historia de la filosofía nos va diciendo que, los sucesivos planteamientos de un mismo tema, lo enriquecen o llegan a matizarlo. La filosofía no va haciendo otra cosa a lo largo de su historia que depurar los pseudoproblemas. Por eso, en cierto sentido, la historia de la filosofía es también la historia de los errores que los hombres han ido cometiendo y superando, como decía Ortega, para que nosotros no caigamos en ellos.

¿Porqué' ello es así? Simplemente, porque el mundo en que vivimos viene siendo objeto de observación desde que el hombre puso sus pies en él. Pero el mundo en que *nos movemos y somos*, no sólo es un mundo dado y observado, es también *vivido*. Siendo uno, es múltiple y distinto. El mundo contado y explicado por los filósofos es ante todo un mundo *observado*. Me atrevo a decir, un mundo explicado y *vivido*.

En último término los sistemas filosóficos son simples fenómenos ideológicos que nos cuentan cómo el mundo ha sido *observado* a lo largo de la historia humana.

Esto nos lleva a un nuevo tema que quisiera dejar planteado. Si el mundo observado nos es a su vez contado y *explicado*, toda explicación está realizada siguiendo unos modelos lingüísticos. *Hablar*, en último término no es otra cosa que pensar dentro de un modelo. Los términos, hipótesis y proposiciones, para que tengan sentido, no solo tienen que ser coherentes en sí mismos, lo son por la referencia a un sistema en el que las cosas tienen vida, y adquieren sentido. Cuando un sistema afirma, lo afirmado no es una proposición, sino un *engranaje* de proposiciones. De ahí que, *estar seguro*—, y cada sistema lo está a su modo—, puede no solo ser fruto de una vinculación al saber empírico, como postulamos hoy, sino también fruto de una *educación*.

Si por un lado el mundo de la ciencia tiene que descubrirnos el mundo de nuestro sistema mental, el filósofo tendrá que matizarnos los diversos sistemas mentales que el historiador de la filosofía va tropezando. De hecho, en la historia existen otros sistemas que no son el *nuestro*, desde el cual hablamos, con el que comulgamos, e incluso desde el que lo enjuicia-

mos todo. Cualquier historia de la filosofía, por lo mismo, es una visión parcial de sí misma.

La filosofía tiene que hacernos ver la utilidad de los sistemas. Pero dos sistemas no pueden ser comparados sino es desde un tercero. El sistema conceptual desde el cual uno opera, está condicionando la imagen que del mundo se tiene. Pensámos que, el objeto de la filosofía, son los conceptos categoriales que rigen las mentes de los hombres. Si el pasado y el futuro de la filosofía es el pasado y el futuro del hombre, la especulación filosófica brota del suelo de la historia, que en definitiva es la sociedad, la cultura y el lenguaje. Todo hombre que habla o escribe, lo hace condicionado por una serie de factores psicológicos y sociales. El pensamiento filosófico, ante todo, existe como pensamiento expresado a través del lenguaje, hablado y escrito. El lenguaje encierra en su propia estructura lo que los hombres han sido, han soñado, querido o pensado. No hay filosofía sin lenguaje. La filosofía comienza en la lengua, pero toda lengua nos lleva a expresar modelos diferentes. Si el lenguaje es una forma de vida, la filosofía debe aclararnos el complicado mundo conceptual en el que los hombres se mueven. Esa es su misión y contenido.

#### *Las ideas y su historia.*

Ante un texto filosófico podemos adoptar, entre otras, estas tres actitudes. Primero, estudiar su *formulación*, o significado lógico de la proposición y de las palabras que lo expresan, o mediante las cuales se da a conocer. Segundo, estudiar su contenido o validez: si es verdadero o falso. Tercero, estudiar su *intencionalidad*, o lo que es lo mismo: toda idea es dato para la conciencia, de quien la enuncia y de quien la percibe posteriormente.

Toda idea, por tanto, además de su enunciado y de su contenido, produce un impacto humano. Es un *dato* para la conciencia del hombre. Pero, todo dato de conciencia necesita ser analizado, al poder presentarse de múltiples modos: como percibido, pensado, recordado, simbolizado, amado, querido u odiado... Las ideas, por tanto, además de pensadas, son queridas u odiadas, aceptadas o rechazadas; presentan una validez o inutilidad. Producen un impacto en la sociedad y en cada individuo que tropieza con ellas. De ellas, de las ideas, más que interesarnos su enunciado y contenido, ha de preocuparnos el impacto que producen.

La gramática y la lógica nos estudiarán la formulación de las ideas, de las proposiciones; pero como tal, el trabajo que realizan es propio de una

ciencia *cerrada*. La *metafísica* nos dirá luego si el contenido de las mismas es verdadero o falso. Pero, solo la *historia* podrá hablarnos de los impactos que hayan producido.

Toda idea, en su formulación y contenido, es algo cerrado y estático. Está ahí; pero, como *dato de consciencia*, se halla abierta a continuas evoluciones y cambios, en la medida que va transformando al hombre. No son ellas las ideas las que cambian, sino el ser humano. Son las ideas las que hacen evolucionar al hombre, y éste, en su continuo peregrinar, quien las va suscitando y engendrando.

Toda idea tiene su historia. Es el proceso que ha ido llevando desde su gestación. Al historiador de la filosofía le pertenece contarnos no solo cómo se han ido gestando, sino también el proceso y evolución que han llevado. Las ideas nacen, pero nunca mueren totalmente. Pasarán de moda, pero siempre están ahí como punto de referencia, como *dato histórico*. Las ideas son los *datos* que maneja el filósofo, como el historiador los *hechos*. Las ideas se van gestando unas a otras en eslabones de cadena infinita. Ninguna de ellas se gesta al azar. En el subsuelo histórico hay otra que la está condicionando. Unas van dando paso a otras. Pero todas están ahí formando una unidad y el patrimonio común de la cultura. Al historiador de la filosofía le pertenece descubrir los pasos múltiples que han ido dando o siguiendo.

El mayor pecado que el historiador de la filosofía puede cometer es no ver la evolución que las ideas han ido llevando desde su gestación. Como *datos de la consciencia* que son, se presentan en aspectos múltiples. Tienen una polisemia que el historiador no puede ignorar. De ahí lo arduo de su empresa. Nada aparece como modalidad única. Todo puede ser visto desde perspectivas múltiples y distintas.

Las ideas, si en cuanto *verdades*, no admiten mutación o cambio, en cuanto *datos de consciencia*, van adquiriendo facetas distintas a lo largo de la historia, lo mismo que cada hombre que las soporta o lleva consigo. El historiador de la filosofía tendrá que percibir sus modalidades, limpiándose a describirnos su evolución. No podrá optar por unas en vez de otras. Tendrá que ocultar su simpatía o antipatía. No podrá juzgar. Dado no obstante la intencionalidad de que van revestidas, su labor se enfrentará ante esta aporía y antonomía. El historiador, como intelectual y como hombre, está ya condicionado por la cultura a la que pertenece. Todos los modos de ver,

son modos *concretos* de ver. Mírese desde donde se mire, se ve de una forma y no de otra. El historiador que ve, juzga. No se puede juzgar sin ver, y en historia, ver es juzgar.

Cuando el historiador así actúa no lo hace como historiador, sino como filósofo. En la historia de la filosofía no se puede ser filósofo por un lado, e historiador por otro. Al historiador de la filosofía, ésta —la filosofía— le lleva a ser filósofo; pero a su vez, éste —el filósofo— se verá condicionado por la historia de la filosofía. La historia de la filosofía más imparcial que pueda hacerse es una historia *parcial* contada desde una perspectiva. Toda la historia de la filosofía resulta por tanto una visión parcial de sí misma.

La historia de la filosofía solo puede ser contada parcialmente. Cuantas historias de la filosofía se escriban no serán sino intentos de una cierta aproximación. Mirado desde esta perspectiva, todo esfuerzo por construir una historia de la filosofía resulta problemático. El historiador de la filosofía debería más bien hacer filosofía, que intentar construir su historia. Debería acudir a la historia de la filosofía no para saber lo que los otros han dicho o han pensado, sino para ver *qué* le dicen a él los textos que otros escribieron. Quien así actúe está haciendo filosofía, no historia. El filósofo ha de acudir a la historia; no tanto para conocer el contenido de la misma, sino para buscar en el pasado las fuentes de su propio caminar.

El historiador de la filosofía tendrá que darnos, en lo posible la comprensión de los sistemas a partir de las fuentes doctrinales que operan en ellos. El filósofo tendrá que hacernos un análisis de la coherencia interna de los mismos. Pero, la historia de la filosofía no será nunca posible sin una historia *interna* y una historia *crítica* de sí misma, como acertadamente puntualizara un día Emile Bréhier en su obra *La philosophie et son passé*. A pesar de todo, y de las buenas intenciones que uno y otro se propongan, la historia de la filosofía continuará siendo una *visión* parcial de ella misma. Como muy bien observará García Bacca en sus *Lecciones de historia de la filosofía*, toda selección de autores y obras de los mismos supone un principio valorativo. No hay posibilidad de hacer historia de la filosofía sino es contando *desde uno mismo* su propia visión de la filosofía. Quien de alguna manera hace historia de la filosofía está volcando sobre ella su propia filosofía.

#### *El porvenir de la filosofía.*

Ante el pasado filosófico cabe preguntarse de hecho, qué se ha propuesto la filosofía a lo largo de su historia; de qué ha ido dando razón.

La filosofía no se ha propuesto nada, pero los filósofos han ido dando razones de mil cosas. ¿Puede entonces el filósofo, a partir de su *pasado*, acercarse al *futuro*? Los filósofos, de hecho, tendrán que *continuar dando razones*, y por lo mismo la filosofía tendrá su *futuro*. Pero, el futuro de la filosofía es el futuro del hombre. Se cambiarán las *teorías*, se modificarán las *proposiciones*, pero sobre los datos que las ciencias vayan aportando, tendrán que montarse nuevas *hipótesis*, que a su vez llevarán a nuevas *conclusiones*, que permitirán establecer otros *principios*. En todo caso, el método de la ciencia será siempre un método circular.

No sabemos ciertamente *qué* va a suceder. No *estamos* seguros de nada, y por ello nada serio podrá ser dicho; ni siquiera nos está permitido "hacer predicciones" o jugar a *profetas*. Pero cabe preguntarse a través de la historia, si los hombres caminan hacia una progresiva racionalización de la vida, o hacia esa *libertad interior* propugnada por Hegel. Si así fuera, el hombre se sentirá más libre, y en definitiva más hombre. Ser hombre es sentirse libre.

Los hombres, en este caso los filósofos, deberían tomar en serio las lecciones de la historia; conocer su pasado, para no volver a caer en la irracionalidad de tantos errores cometidos. Si el hombre desea continuar viviendo, y nadie creo que dude de ello, algo tendrá que hacer para vivir *en paz*, cuando tanto está preparando para destruirse con la guerra. El hombre tendrá que *ser racional*, creando motivos y razones para vivir en paz. Tendrá que hacer un giro copernicano en sus investigaciones para dar mayor importancia al *estudio de sí mismo*, siendo como es —el hombre— el más ignorado y el gran desconocido. Tendrá que pensar y reflexionar sobre el sentido de la vida, tan complicada y problemática. No podrá dejar marginado o en letargo el *progreso humanístico*, en ese despeque y veloz carrera que va llevando el *progreso tecnológico*. La *cultura* deberá ir siempre por delante de la *civilización*, si queremos que ésta no termine por ahogarnos.

Cuanto el hombre haga deberá tener no sólo una razón de por que se hizo, sino incluso un *sentido racional* de lo hecho. El hombre deberá adquirir conciencia de que entre todas las cosas y acciones que pueda realizar, ocupaciones que pueda tener, solo hay una que merece la pena: la búsqueda de la verdad, que nos hará libres. El hombre futuro deberá luchar por conservar la libertad a no ser manipulado. Lo peor de las masificaciones es dejar al hombre sin su *propia verdad*. Hoy, de muchas maneras, el hombre está siendo objeto de manipulación política, deportiva, comercial

e incluso religiosa. Estamos cayendo en un tipo de *cultura estereotipada* y además *fanática*. Pero todo fanatismo lleva en sí una postura anti-científica. Los absolutismos morales y políticos están paralizándolo al hombre en la marcha de su propia evolución creadora. No podemos saber empíricamente hablando lo que el hombre puede dar de sí. No creo en la *libertad de la ignorancia*. No puedo estar al lado de los que trabajan por una cultura de masas, sino de parte de los que se esfuerzan por *formar masas cultivadas*.

Tendremos que convencernos de que discrepar no es incordiar; es únicamente signo de ver las cosas desde otras perspectivas. La discrepancia es siempre signo de riqueza humana; por ella, los hombres son capaces de agudizar el ingenio y encontrar nuevas vías. La riqueza de un país la forman sus hombres; le viene del diálogo entre ellos. Convivir es dialogar. Los hombres tendremos que *aprender a dialogar en la pluralidad*. Podemos entender cualquier sistema ideológico. No es problema que tenga que preocuparnos. El paso de una ideología a otra es un problema racional, a lo más un problema de tiempo. Lo que tiene que preocuparnos en la vida es el paso o sustitución de un sistema a otro que no admita el diálogo. ¿Cómo es posible la vida humana, la convivencia, si no existe el diálogo? ¿Se puede vivir sin dialogar? La coexistencia lleva consigo una gran dosis de irracionalidad. Si malo es caer en la dictadura, peor es tener que salir de ella. ¿Cómo se puede conseguir sin caer en otra? Los cambios se hacen para el hombre. Este tendrá que imponerse la obligatoriedad de buscar cómo hacerlo racionalmente. En la vida humana no tiene sentido el conocimiento de cuánto no sirva para *unir* a los hombres. Es una *sin-razón*. Por eso, la filosofía del lenguaje tendrá que indagar los caminos de los términos y de las palabras; pues estas no sólo están para ser utilizadas, sino también para proponer, exponer y dar razón. Pero sin la razón desapareceríamos todos. Todo ello sería una *sin-razón*.